

EL MODERNO LATIDO DE NUESTROS CORAZONES

“Millones de años de evolución no han podido equivocarse, pues la naturaleza tiene la capacidad de corregir sus propios defectos”.
Albert Einstein.

Recomiendo ver Evolution.

Recomiendo ver Evolution.

Recomiendo ver Evolution.

¡Qué fácil! Copiar y pegar. Qué fácil. Qué moderno.

Ayer me dijeron (gente que sabe de esto) que el ser humano absorbe (y percibe) tres mil impactos comunicativos diarios. Al menos en la sociedad hipercomercializada y tecnológica en la que vivimos. Sí, leíste bien: tres mil. De los cuáles integramos en un sistema lógico controlado por la atención selectiva un porcentaje mínimo. El hombre es una máquina.., perceptiva. Y la tecnología, esa arribista envidiosa de rabiosa actualidad (odio esta expresión, pero me viene al pelo), ha decidido generar más y más estímulos para que la convirtamos en la niña de sus ojos. En el objeto de nuestro deseo. Que la deseemos, no por lo que pueda ayudarnos a hacer, sino por ella misma. Que forme parte de nuestras vidas como si fuera uno más de la familia. El miembro MÁS importante de la familia...

Presumida. Quiere que nuestros corazones latan al ritmo de sus bits.

Ilusa. El hombre no está dispuesto a dejarse atropellar. ¿O sí? De nosotros depende. Es lo que tiene el libre albedrío. Podemos usar una piedra para crear un muro o para construir una maravilla. (¡Qué apropiada ocurrencia! ¡Qué genial prólogo en la puesta en escena!). Y estoy seguro de que podemos convivir con la inmediatez que nos acontece sin olvidarnos de modular un mundo en tiempo real donde las realidades son virtuales, y las virtudes son compartidas, y la comunicación es global e inmediata y total, y la sociedad se cimenta en redes, en código libre... Que no nos dejaremos fagocitar por los bits. Aunque justo es reconocer que salimos de la aldea de nuestros ancestros para vivir en una nube, en una aldea global que habitamos, transitamos y controlamos con nuestros pulgares. Es lo que hay, que decía aquel... No podemos ponerle puertas al mar. No podemos detener esa bola de nieve llamada... evolución.

Hasta aquí nada nuevo. Pero como suele ocurrir con todas las novedades (y toda tecnología que no sea novedosa está llamada al fracaso o simplemente no es tecnología), rara vez nos paramos a reflexionar sobre los cambios que producirán en nuestras vidas. Sólo alardeamos de lo rápidos que somos en conectarnos, en descargar información (que no asimilarla), de lo potentes que son nuestras aplicaciones, del tiempo-real (difuso concepto que oculta una

perversa contradicción en sí mismo, porque de real tiene bien poco), de la cantidad de megapixels, megabites, megaqueguaysoyqueestoyalaúltima, mega... Y olvidamos reflexionar sobre lo que ello supone para nuestro estilo de vida. Ya no buscaremos una cabina telefónica para resguardarnos de la lluvia o besar a nuestra chica (iteléfonos móviles!), ya nunca preguntaremos cómo llegar a una dirección concreta (inavegadores!), pronto jubilaremos las agendas de papel (snif!), los relojes de pulsera (snif!), los libros (buaaaaaaaaaaaaa!!!! -llanto incontenible-)... Y nos encanta hablar de la potencia tecnológica que nos arrulla sin percatarnos de cómo está cambiando nuestra forma de entender la vida. No pensamos en ello.

Así que, una vez más, la mirada crítica de Pilar Teatre nos zarandea sin miramientos la conciencia, sin pelos en la lengua, sin tapujos, sin discursos políticamente correctos, sin demagogias ni moralinas baratas, sin vergüenza, sin piedad... Nos descubre un collage de maravillosos sketches que desnudan nuestros pensamientos, esos que nunca supimos verbalizar cuando reflexionábamos sobre las nuevas formas de comunicación (si alguna vez nos hemos parado a hacerlo), poniéndole forma, y voz, y banda sonora, y humor, y arte a ese fenómeno tan complejo que es la cibertecnología, cuestionando sus bondades, caricaturizando a sus detractores, y a sus garantes, riéndose de sus peligros y relativizando su incidencia en nuestras vidas. Recordándonos que no hay herramienta tecnológica, ni tendencia, ni moda, ni avance científico, ni usos y costumbres reinantes, capaces de sustituir el latido de nuestro corazón por ..., nada. No hay nada capaz de sustituir nuestro buen criterio a la hora de decidir hasta dónde dejamos que esas herramientas nos dominen.

Geniales monarcas, experimentadas voces interpretando sabios ancianos, desfile de princesas y héroes de leyenda con inevitable remembranza a aventuras teatrales pasadas, mis admirados Luthiers personándose en inolvidables gags de éxito eterno, hombres de negro haciendo malabares con el atrezzo en la oscuridad del intermezzo, técnicos de sonido e imagen alucinándonos con grabaciones visionadas y registradas "en tiempo real" (ialucinante!, digo... imega-alucinante!), una sorpresa creativa (cada año una nueva) en el impresionante maridaje simultáneo de la coreografía grabada y danzada in -situ (Olé, olé, olé, olé...*cortar y pegar*, vaya pedazo de genial efecto óptico), unos actores en estado de gracia, una botella de aceite que me partió de risa (llevo veinte horas sin dejar de reírme cada vez que lo recuerdo), la ironía, la ternura, el hilvanado preciso de historias interrelacionadas, la sátira despiadada a nuestra estupidez disfrazada de comedia, los comediantes convertidos en bailarines y los bailes convertidos en expresión de sana jovialidad, el lenguaje visitando registros, acentos e idiomas propios de la globalidad y diversidad de nuestro presente, ..., de nuestro future, of our past..., y el patio de butacas entregado, sabedor de que es testigo de algo irreplicable. Irreplicable para los que están allí abajo pasándolo cañón, y para ellos mismos, porque cada

año rizan el rizo y logran sorprendernos. Porque Pilar Teatre también evoluciona. Y nosotros con ellos.

¿La envidia de periodicidad anual tiene alguna cura? Lo que daría por ser parte de esto. De Pilar Teatre.

Al acabar la maravilla escénica “en tiempo real”, aún nos regalaron el tradicional resumen de sus afanes. Un documento audiovisual que a alguno le obligó a sacar el pañuelo, a muchos les recordó similares sensaciones pretéritas, y a todos nos conmovió.

Y fue entonces cuando volví a conectar mi móvil y escribí tres palabras: HA SIDO ALUCINANTE. Pretendía contarle mis impresiones a mis allegados. Pero borré el mensaje imaginando cómo iba a disfrutar contándoselo en vivo, cómo iba a imitar al anciano genial, el acento anglosajón del rey (sembrado, sembrado, sembrado...), cómo iba a iluminar mi rostro, a aspavientar mis explicaciones de la maravilla que había presenciado, quizás incluso cómo me arrancaría con algún paso de baile (Hércules....). Y también pensé que tendría que explicar a mis hijos qué era el sambori o cómo jugábamos a las canicas de niños. Je, je. Ellos ya saben qué es el aceite “virgen extra”.

Gracias, alumnos de 1º de Bachiller, y gracias Jose y Pablo, por esta magnífica mirada crítica. Gracias por obligarnos, incluso a los más cerriles detractores de las adicciones tecnológicas, a evolucionar. Gracias por golpear nuestra conciencia con esta fabulosa pieza, recordándonos que cualquier tiempo pasado no fue mejor, sino diferente, y peldaño necesario e imprescindible para vivir nuestro presente, padre de los bits que escoltan nuestra actual existencia. Y que sólo quienes temen la novedad viven en la angustia anacrónica de la absurda melancolía.